

LA GRANDEZA DE LO MINIMO

Por. José Luis Garcés González

De entrada quiero destacar en Javier Tafur su amable tenacidad con la literatura. Su relación con la escritura no admite treguas, y sin estridencias hace los suyos y ayuda a divulgar el trabajo de los demás. Su solidaridad literaria y humana está comprobada, y su talento se constata en los poemarios, ensayos y textos cortos que ha publicado.

Acorde con el ritmo de los tiempos, Javier Tafur ha optado, por mandato de sus dioses interiores, por la brevedad, la belleza y la contundencia. Y este no es un minimalismo como evasión o como mecanismo del menor esfuerzo. Los suyos corresponden a una poética, a una visión profunda y particular de la vida.

Ahora, con "El Minicuento Fantástico", libro elaborado día a día, incursiona con un trabajo de investigación y reflexión. El cual nos permite ahondar en el tema del texto breve, no sólo para gozarlo o padecerlo, sino para conocer su trayectoria teórica, sus exponentes más interesantes y las fabulaciones de sus contenidos.

Una de las tareas, pues, de este libro es la de introducir con más énfasis el texto breve y el minicuento fantástico entre los lectores de nuestro país. Permitiendo, así, una mayor ampliación de la cultura y de la percepción estética, y contribuyendo, en términos didácticos, a la progresión de la lectura, esa necesidad inaplazable que, pese a la avalancha editorial, está metida en la crisis o el desdén.

Por otra parte, sospecho que el texto corto corresponde a la búsqueda de una verdad, ya sea que ésta se exprese en la belleza, la sorpresa, la crueldad, o en la imaginación multiplicada y múltiple. Su poder de síntesis es la manifestación más justa de la esencia. Es la esencia en cuerpo y en muestreo.

Es más: el cuento breve es un caracol: su chispazo, primero, lo ilumina a él mismo, luego, concentrado en su propia carnadura, es presencia dirigida al Universo. En ese caracol están el sol, la

arena y el mar. Pero él no es mar ni arena ni sol. El es presencia. Esencia. Universo.

Y esto me parece válido si lo ubicamos en "El Dinosaurio", del físicamente minimalista Monterroso, o si lo situamos en las ficciones de Borges que él llama "Prosas" en su Nueva Antología Personal. O si pensamos en algunos de los textos de la III parte de "Desde entonces", de José Emilio Pacheco, o en ciertos minicuentos espléndidos de Evelio Rosero Diago. O en los hallazgos breves e irónicos de Eduardo Galeano.

Finalmente quiero señalar que Javier Tafur se preocupa por el minicuento fantástico en nuestro país. Y está bien que su inquietud aterrice en estos lares. En verdad la tradición oral colombiana es rica en cuentos fantásticos. Tanto la autóctona como la sincrética. La materia prima abunda y en ocasiones la fantasía retrocede ante la realidad. muertos, fantasmas, torturados, desaparecidos, difuntos que regresan, almas en penas, duendes que se enamoran de las muchachas casaderas. Todo este material necesita ser recopilado en una "Antología del minicuento fantástico (y de terror) colombiano". Ya los cuenteros orales se están tragando el país a punta de palabras. Está en deuda la narración escrita. Ojalá Javier Tafur emprenda esa inaplazable tarea para desfacer ese largo aplazamiento.

Buen viento, entonces, a este texto que, a su manera, consulta la mutación de la realidad en fantasía, pues ya, en estos países, la vigencia de lo fantástico es la misma vigencia de la realidad. Y me detengo porque, como es sabido por algunos y olvidado por casi todo, es imperdonable escribir largo sobre los textos cortos.

San Jerónimo de los Charcos,
Mayo de 1994.